

NO HAY SITUACION SIN SALIDA

Por Adolfo GILLY

“A pequeños pasos hacia la Argentina...”, titulaba a principios de abril un editorial de fondo el director del diario “La República” de Roma, Eugenio Scalfari. En él, después de constatar la desilusión de grandes masas de trabajadores que votaron por los comunistas y los socialistas el 20 de junio de 1976 y luego de afirmar que la democracia cristiana está esperando el desgaste de la izquierda para pasar a la contraofensiva, aun a costa de “precipitar al país a una situación de tipo argentino”, concluía con esta pregunta: “Diputado Enrico Berlinguer: ¿pero usted se da cuenta de lo que está sucediendo? ¿Y qué hace para evitar que ocurra lo peor?”

La comparación de la situación italiana con Argentina se está volviendo un lugar común en las últimas semanas. ¿Hay reales puntos de similitud? Sí, hay algunos, como hay también muy grandes diferencias. La comparación puede servir, pese al margen de arbitrariedad que hay en toda operación de este tipo, para precisar mejor a dónde va Italia.

Hay puntos de similitud desde el punto de vista de las necesidades del capitalismo, si bien el grado de desarrollo económico de Italia, con un producto nacional bruto de 3.069 dólares por habitante, y el de Argentina, con 1590 dólares por habitante, son cualitativamente diferentes. Aquellas necesidades forman parte, en ambos países, del proceso de reorganización mundial de la economía capitalista acentuado después del fin de la guerra de Vietnam. Esto significa, en ambos países, aplicar un plan de reestructuración de la economía basado fundamentalmente en una disminución del “costo del trabajo” (lo cual significa reducir la ocupación, contener los salarios, recortar las conquistas sociales, etc.). Este proyecto encuentra en Italia, como encontró antes en Argentina, la resistencia de una clase obrera con un alto nivel de organización sindical que defiende encarnizadamente cada una de sus conquistas. Esto exige, en consecuencia, romper esa resistencia, primero desgastándola (como ocurrió durante los últimos gobiernos peronistas en Argentina, como se intenta hacer ahora en Italia), luego lanzándose directamente a quebrarla (objetivo esencial de la dictadura militar argentina).

También hay puntos de similitud desde el punto de vista de la situación de la clase obrera. Por un lado, existe en Italia, como existía en Argentina, una organización sindical extremadamente poderosa, afirmada en las fábricas, con una red capilar de organismos cuyas ramificaciones penetran en todo el tejido social. Por el otro, si bien hay una diferencia cualitativa entre la dirección de la clase obrera italiana (una dirección de clase, comunista y socialista) y la del proletariado argentino (una dirección burguesa peronista), ambas se asemejan en un punto crucial: la ausencia de una propuesta alternativa, no capitalista, a los planes de reestructuración capitalista de la economía y la idea de que se pueden modificar esos planes de modo que no todo su peso caiga sobre el nivel de vida de los trabajadores. Aun teniendo raíces de clase diferentes, ambas políticas tienen un punto en común: son reformistas.

Esto provoca, en ambos casos, una situación de “empate social”: el capitalismo no tiene fuerzas, mientras no quiebre la organización obrera, para hacer pasar plenamente sus planes de reestructuración; la clase obrera no tiene posibilidad, mientras carezca de una dirección que proponga un proyecto social alternativo, de impedir que la reestructuración, de todos modos, avance y vaya carcomiendo sus posiciones. Es en esta situación momentáneamente sin salida en un sentido o en otro, donde van creciendo los elementos de disgregación y de descomposición: atentados, secuestros, provocaciones de todo tipo, presiones “desestabilizadoras” de la economía desde el exterior, amenazas de división en el movimiento obrero y entre éste y los sectores más golpeados por la crisis (desocupados, estudiantes en busca de trabajo).

Pero aquí terminan las similitudes, por lo menos a este nivel.

Italia tiene un tejido productivo, un capitalismo de un desarrollo cuantitativamente superior al capitalismo dependiente de Argentina. Está estrechamente unida (aun en el escalón inferior) al centro mundial de las llamadas “democracias industriales”: Estados Unidos, Europa occidental, Japón. La clase obrera italiana, a diferencia de la argentina, tiene partidos obreros de masas, que suman casi

el 48% del electorado, el mayor Partido Comunista de Occidente, una cerrada red de organizaciones de la pequeñoburguesía y las clases intermedias en torno a las organizaciones obreras. Y sobre todo, Italia está en Europa, no en el extremo sur del coto de caza de Estados Unidos; es decir, está en un continente donde todo desplazamiento violento de un país decisivo, en un sentido o en otro, afecta directamente los intereses vitales sea de Estados Unidos, sea de la Unión Soviética.

Si se mira al fondo de las cosas, el “empate social” en Italia refleja, más que la falta de fuerza del capitalismo italiano para imponer su salida o la falta de dirección revolucionaria del proletariado para ofrecer su propia solución (aunque ambos factores existen y pesan), sobre todo el “empate mundial” actual entre ambos sistemas sociales contrapuestos, la relación de fuerzas en equilibrio entre los dos campos. Mientras es más fácil que esa relación de fuerzas vaya sufriendo alteraciones que se acumulan en las regiones periféricas (América Latina por un lado, África por el otro), es mucho más difícil romper ese equilibrio en las metrópolis. El punto central de ese equilibrio planetario, donde se concentran todos los elementos de la relación de fuerzas, está hoy, y lo estará por todo un periodo, en la vieja Europa occidental, la cuna del capitalismo, allí donde éste tiene raíces más hondas en la tradición, la cultura, la economía y allí donde, por consiguiente, son también más fuertes las tradiciones, la cultura y la capacidad de autonomía y de organización de la clase obrera.

El destino social del mundo está en juego en el enfrentamiento social europeo. Dentro de éste, la región más sensible son los cuatro países del sur: Portugal, España, Francia, Italia. Este último está hoy, como lo estuvo antes Portugal, en el foco de la crisis.

El Partido Comunista, lo ha dicho y reiterado Berlinguer, no quiere provocar un “desgarramiento” en ese equilibrio que podría precipitar, incluso, un enfrentamiento armado planetario: no se trata aquí, por cierto, de Chile ni de Angola. Esa es la justificación última de su política de “compromiso histórico”. Pero entonces debe adecuarse al cuadro político dominado por la hegemonía de la

at u

No hay Situación sin Salida

Viene de la Página 4

democracia cristiana, hegemonía que no está determinada simplemente por su número de votos sino sobre todo por su indisoluble identidad con el aparato del Estado y su inextricable entrelazamiento con la institución de más antiguas, milenarias raíces en la sociedad italiana: la iglesia católica.

La democracia cristiana utiliza esa hegemonía política para compensar su creciente debilidad social y aprovecha el hecho de que el Partido Comunista, dentro de la lógica del compromiso histórico, no puede ni quiere ofrecer un proyecto alternativo, un gobierno de la izquierda con un plan económico-social que rompa la lógica de la reestructuración capitalista, para someter a esa misma izquierda a una constante operación de desgaste.

Dentro de esta operación entran alternativas de "endurecimiento" y de "ablandamiento" del partido gobernante frente a la exigencia cada vez más premiosa de los comunistas de llegar a un acuerdo de gobierno conjunto. La democracia cristiana, según todo lo indica, busca así ganar tiempo político para conquistar espacio social. Al extremo, se dispondrá incluso a hacer concesiones políticas —inevitables— a cambio de recuperar posiciones sociales antes ocupadas por el movimiento obrero. Como señala la diputada Luciana Castellina en "El Manifiesto", "ambos comportamientos apuntan, en realidad, a debilitar en la sociedad el movimiento obrero y preparar así no un acuerdo estabilizador sino una contraofensiva".

Desde hace meses, los sindicatos conducen una batalla puramente defensiva. Tratan de ceder lo menos posible en conquistas obreras, frente a las exigencias del plan de austeridad. Pero en la medida en que los grandes partidos obreros sostienen con su abstención al gobierno que aplica ese plan, los sindicatos no tienen más remedio que retroceder. El último caso ha sido el de la escala móvil de salarios y el derecho de contratación de reivindicaciones en cada fábrica, además de las establecidas en el contrato colectivo. Aduciendo las exigencias del Fondo Monetario Internacional en cuanto a la eliminación de esas conquistas para conceder un préstamo al país, el gobierno entabló una agotadora negociación con la dirección sindical. El dilema puesto a esta era: "o ustedes ceden, o no hay préstamo y cae el gobierno". Es decir, recaía sobre los hombros de los sindicatos hacer caer un gobierno sostenido —aunque sea con la abstención— por los grandes partidos de

la izquierda. A su vez, la base obrera, los consejos de fábrica, hicieron saber en reuniones, asambleas y huelgas que no aceptarían ningún retroceso de la dirección sindical en cuanto al principio de la escala móvil y de la contratación por empresa.

Resultado: los dirigentes sindicales prometieron a la base no ceder. Y, en cuanto al principio de ambas conquistas, no cedieron. Pero, a cambio, aceptaron que determinados aumentos de precios fueran excluidos del mecanismo de la escala móvil, con lo cual disminuyeron los alcances de ésta y dejaron un precedente para nuevas y futuras "esterilizaciones" de ese mecanismo. La protesta obrera se ha hecho sentir en las fábricas. Una reunión de 400 a 500 consejos de fábrica realizada en Milán al margen de las estructuras sindicales, reclamó una asamblea nacional de delegados que rediscuta toda la estrategia del movimiento obrero en defensa de los salarios y de la ocupación. Sometida a este fuego cruzado, la dirección sindical oscila entre la intolerancia, la incertidumbre y la división en sus propias filas. Algunos dirigentes (y no de los más moderados) dicen que el movimiento sindical no puede tomarse la responsabilidad de echar abajo a un gobierno, cuando los partidos de la clase obrera abdican o se abstienen en una situación así. No hacen más que repetir una antigua verdad: jamás los sindicatos pueden, por sí solos, dar una solución política nacional, jamás pueden alzarse hasta una función que corresponde al partido sin dividirse, paralizarse o terminar en una posición subalterna a fuerzas sociales hostiles a la clase obrera.

Evidentemente, son grandes las diferencias entre la situación italiana y la larga degradación de la situación argentina antes del golpe militar, a pesar de algunas impresionantes similitudes inmediatas. Pero, en un nivel superior, hay un punto de coincidencia en toda crisis social que alcanza esta agudeza. Es este: "no hay situación sin salida —decía Lenin—; si la clase obrera no da la suya, la dará antes o después la burguesía". Si bien en Italia esta salida no se presenta necesariamente en los tintes chilenos o argentinos, tendrá sin embargo un acentuado carácter de restauración social, y no simplemente de reestructuración económica. Cuando por las calles de Nápoles desfila una manifestación de decenas de miles de obreros al grito de "Fascistas: Italia no es Chile", es porque la preocupación ronda por todas las cabezas.